

mismos dias de comunión, algunas penitencias, con aprobacion del confesor. Las dulzuras interiores que acompañan de cerca á estos piadosos ejercicios, te convencerán presto de que los frutos de la penitencia solamente son amargos en la aprehension de los que jamás los gustan.

DIA IV.

MARTIROLOGIO.

SAN ISIDORO, obispo en Sevilla de España, esclarecido en santidad y doctrina, el cual con el zelo de la fe católica, y con la observancia de la disciplina eclesiástica, ilustró las Españas. (*Véase su vida en las de este dia.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES AGATÓPODES, diácono, y **TEODULO**, lector, en Tesalónica, los cuales en tiempo del emperador Maximiano y del presidente Faustino, por confesar la fe católica, les ataron al cuello una gran piedra, y los arrojaron al mar.

LA DICHOSA MUERTE DE SAN AMBROSIO, obispo y confesor, en Milan, por cuyo zelo, dejando aparte otras pruebas maravillosas de su doctrina y milagros, se convirtió á la fe católica cuasi toda la Italia, abandonando la perfidia arriana.

SAN PLATON, monge, en Constantinopla, el cual con ánimo invencible resistió por muchos años á los herejes destruidores de las sagradas imágenes. (*Véase su vida en las de este dia.*)

SAN ZOSIMO, anacoreta, en la Palestina, el cual enterró el cadáver de santa Maria Egipcíaca.

SAN ISIDORO, ARZOBISPO DE SEVILLA.

SAN Isidoro, nobilísima hermosura de la Iglesia católica, célebre doctor entre los ortodoxos, en nada inferior á los santos Padres que le precedieron, doctísimo hasta el fin de los siglos, digno de nombrarse con reverencia, con cuyo elogio celebraron su mérito los Padres del concilio octavo de Toledo, nació en la ciudad de Cartagena de España. Sus padres, Severiano, capitán de la milicia correspondiente á aquel departamento, y Turtura, señora de grande mérito, mas recomendables ambos por su religiosidad, que por su leal sangre, aunque tenian bien acreditada su piedad cristiana en la educacion de sus hijos S. Leandro, Fulgencio y Florentina, á quienes tributa culto la Iglesia; parece, si cabe, que se escedieron en la crianza de Isidoro, último fruto de las bendiciones que les concedió el Señor en su dichoso matrimonio, movidos de las señales con que el cielo quiso mani-



S. ISIDORO.
ARZOB. DE SEVILLA.

festar desde luego, que franqueaba á España por su medio un héroe capaz de eternizar su gloria. El mismo prodigio que se refiere del máximo doctor S. Ambrosio, presagio seguro de su futura elocuencia, se dejó ver en nuestro Santo: dejóle por olvido un día el ama, que le criaba, entre las flores del jardín de su casa; y advirtiendo el padre desde un mirador un enjambre de abejas, que con extraordinario susurro subian y bajaban hácia el cielo, queriendo con sus domésticos inspeccionar la causa, llegando al sitio, vieron con admiracion, que entrando y saliendo por la boca del niño, habian formado un primoñoso panal sobre su rostro, y abrazándole el padre bañado en lágrimas, volando los animales á la region del aire, desaparecieron al momento.

Este indicio asombroso, pronóstico nada equívoco de que Isidoro seria con el tiempo un doctor meliflúo, que iluminaria la Iglesia con la dulzura de su doctrina, y que lanzaria de ella á los enemigos de la fe, obligó á sus padres todo el tiempo que vivieron, y á sus hermanos Leandro y Florentina á que se esmerasen en el cultivo de aquella noble planta, que ofrecia desde luego dar en lo futuro abundantísimos frutos provechosos al pueblo. Con este objeto no omitieron diligencia alguna que pudiera contribuir á imprimir en el alma de Isidoro los grandes dictámenes de la religion, y de fecundar su entendimiento con todas las ideas científicas. Leandro, que ya le consideraba como un sucesor de su espíritu para rebatir á los enemigos de la religion, tomó á su cargo su educacion, y buscó los mas sabios y escelentes maestros para que le ayudasen. Fué tal la aplicacion del jóven, que acompañada de las superiores luces que le dispensó el cielo, hizo en las ciencias maravillosos progresos. Instruido perfectamente en la gramática, retórica y lógica, arismética, geometría, astrologia y música (que con las frases de Triunvio y Quadrivio se entienden en los escritores antiguos): esclarecido en la doctrina de los filósofos: erudito en las leyes divinas y humanas: sabio como ninguno en las letras griegas, hebreas y latinas: perfeccionado en casi todas las ciencias de los mortales, lo que es inaudito en nuestros tiempos; se admiraba en Isidoro el ingenio de un Platon, el estudio de un Aristóteles, la elocuencia de un Tulio, la copia de escritos de Calcentero ó Didimo Alejandrino, la erudicion de un Orígenes, la gravedad de un Jerónimo, la doctrina de un Agustino, y la profundidad de un Gregorio. La carta sola, que escribió en su juventud sobre la bienaventuranza, enviada á S. Gregorio el Magno por su hermano Leandro, basta para confirmar lo dicho: la cual hermoseó con

tantas sentencias de los filósofos, con tantas flores de las Santas Escrituras, con tan nerviosa elocuencia, y con tan vehemente estilo, que al leerla aquel gran papa, admirado de la discrecion de su razonamiento, de la sabia conexión de las sentencias, y de la abundante instruccion en las ciencias del autor, profetizando cual seria Isidoro en lo futuro, no pudo menos de prorumpir lleno de gozo: ved á otro Daniel, y á otro Salomon en España, segun se dice. A toda esta gran sabiduría daba el mayor realce la inocencia de su vida, la pureza de sus costumbres, el retiro del mundo, la ocupacion continua en el estudio de las Santas Escrituras, en los ejercicios de penitencia, y en la exactitud con que servia al Señor en el estado eclesiástico.

Desterró de Sevilla el rey Leovigildo, acérrimo defensor de la herejía arriana, á sus hermanos Leandro y Fulgencio, no por otra causa, que la de oponerse valerosamente á la impiedad, y de sostener con el mayor espíritu la consustancialidad del Hijo con el Eterno Padre, que era el punto de la controversia. Sintió Isidoro en el alma atentado tan injusto, y aunque jóven, como se hallaba instruido en toda clase de ciencias, y con especialidad en las sagradas, animado de aquel zelo santo que constituye el carácter de los varones apostólicos, encendido en el fervor de padecer martirio, pronto á morir por la defensa de la Iglesia católica, guarnecido con las armas de la fe, se declaró como fortísimo atleta contra los violentos ímpetus del rey inicuo, y poderosos secuaces del error. Disputó con los herejes con tanto ardor, los refutó con tanta sabiduría, y convenció la impiedad con tan nerviosa elocuencia, que no pudiendo resistir al rio caudaloso de erudicion, que salia de su boca, maquinaron contra su vida de varios modos; pero el Señor le libró, porque le guardaba para superiores empresas.

Leandro, que en el destierro supo los progresos de su hermano Isidoro, á quien amaba tiernamente, no pudiendo contener el gozo dentro del pecho, le indicó, á pesar de su gravedad, con tiernas lágrimas de alegría. Recurrió á Dios para que le confortase con su gracia, y ayudándole con sus sabias cartas aquel gran padre y maestro, triunfó el jóven del infernal monstruo, que devoraba á España. Serenada tan deshecha tormenta con la muerte de Leovigildo, restituido Leandro á su cátedra, perfeccionó, si cabe, las altas ideas de Isidoro con sus sabios consejos, notoria experiencia y prudencia consumada. Murió aquel celeberrimo prelado lleno de triunfos y merecimientos; é interesada la Santa Iglesia de Sevilla en las preces acostumbradas, para que el Señor se dignase concederle un sucesor del difunto, por aclamacion co-

mun se hizo la eleccion en Isidoro, muy distante de apetecer honoríficos empleos; pero no bastando para rendir su humilde repugnancia las súplicas del rey Recaredo, y los continuos ruegos de los próceres del reino, arrebatándole el pueblo entre vivas y aplausos, le sentaron por fuerza en la silla episcopal, impacientes todos por ver ocupar el trono eclesiástico al electo, todo hermoso, todo amable y todo deseado: hermoso por naturaleza y gracia; amable por su bondad, inocencia y justicia; y deseado por su santidad, doctrina y elocuencia. Dieron parte de la eleccion á S. Gregorio pontífice para que la confirmase, quien no solo lo hizo con inesplicable gozo, sino es que para honrarle, le envió el palio con la jurisdiccion vicaria de la santa Sede en toda la Iglesia de España.

Apenas se vió este gran Santo en aquella sublime dignidad, no ignorando los formidables cargos á ella anexos, confiado en la gracia del Señor, que le eligió, atendió únicamente al cumplimiento de su obligacion. Negando los oídos á todo lo que no era su deber, y manifestándose enemigo de toda cobarde complacencia, é incapaz de toda indigna lisonja; igualmente distante de los dos extremos de cobardía y temeridad, interesó su vigilante zelo en la reforma de las costumbres de su pueblo, en hacer que floreciese la disciplina eclesiástica, y en que sirviese de ejemplar su clero; pero lo hizo con tal prudencia, dulzura y destreza, que todos cedieron gustosamente á su zelo, admirados de ver en su santo pastor brillar todas las virtudes á competencia; de forma, que si no fué el original, á lo menos fué el modelo de los prelados perfectos, que exige el Apóstol en el candelero de la Iglesia.

Serian necesarios muchos volúmenes para explicar su prodigiosa conducta y admirables hechos. Basta decir, para que se forme alguna idea, que siempre se manifestó prudente, siempre constante; siempre modesto, y siempre justo. Prudente en disponer, elegir y discernir; constante en sufrir y proceder; modesto en apetecer, decir y hacer; y justo en obrar y determinar. En todo útil y en todo esperto; útil en orar, suplicar, deprecar y predicar; y experto en plantar y edificar.

Con un breve, aunque compendioso elogio, explica su amado discípulo y confidente Braulio, obispo de Zaragoza, el porte de su maestro; fué Isidoro, dice, esclarecido en el don de profecía, liberal en las limosnas, propicio en la hospitalidad, recto de corazon, vivo en las sentencias, justo en los juicios, continuo en la predicacion; infatigable en las exhortaciones, estudiosísimo en ganar almas á Dios, cauto en la esposicion de las san-

tas Escrituras, pródigo en los consejos, humilde en el vestido, sobrio en la comida, devotísimo en la oracion, brillante en la honestidad. Doctor y padre de los clérigos y pueblos, protector de los monges y monjas, tutor de las viudas y pupilos, libertador de los presos, consuelo de los afligidos, defensor de los ciudadanos, quebrantador de los soberbios, y martillo de los herejes.

Brillaba esta luminosa antorcha en el candelero de la Iglesia de España, esparciendo los rayos de su ilustracion, no solo en los dilatados términos de su vasta diócesis, sino en las provincias contiguas y remotas, haciéndose mas recomendables todas sus sobresalientes prendas por su profunda humildad, creyéndose elevado al sublime ministerio episcopal, no para honor, sino para el trabajo, no para presidir, sino para servir, no para quietud, sino para la tarea, no para enriquecerse, sino para invertir sus rentas en los pobres, de quienes son patrimonio; sobre lo cual fué su caridad tan sin límites, que todos se asombraban de ver, como fuesen capaces las rentas de su obispado para socorrer á tanto número de necesitados, para la redencion de tantos cautivos, para tantas obras piadosas como hizo, para la ereccion y reedificacion de tantas iglesias, y para las fundaciones de tantos monasterios de ambos sexos.

Persuadido, que la felicidad de la república consiste en que la juventud se instruya en letras y buenas costumbres, y que es en vano todo cuidado sin este indispensable principio; deseoso de facilitar este bien comun, erigió en Sevilla un seminario de enseñanza pública, á fin de que en él aprendiesen letras humanas y divinas, no solo sus diocesanos, sino todos los de la nacion que quisiesen concurrir á aquella escuela, donde con el mayor zelo y amor paternal se ejercitaba en tan laboriosa ocupacion; buscando para el mismo intento los mas sabios y virtuosos maestros, á quienes encargaba de continuo zelasen sobre la educacion de los jóvenes con el esmero posible, teniendo el consuelo de ver en España muchos discipulos, que recomendaron su aula, memorables entre otros S. Braulio y S. Ildefonso.

No satisfecho su zelo con tantos y tan graves cuidados, creyéndose nacido para utilidad de todos, salia no pocas veces por los pueblos y ciudades á predicar la palabra de Dios, y á animar á los fieles al servicio del Señor con su doctrina, consejos y exhortaciones. A los que no podia ilustrar su presencia, lo hacia por emisarios y escritos, sin que hubiese pueblo alguno que no participase de los beneficios de su caridad y zelo apostólico. Era el ángel de paz en todas las discordias, tan respetado de

los reyes y príncipes, que venerándole como á su santísimo padre, obedecian sus disposiciones con suma devocion: en una palabra, tenido como el oráculo de su siglo, concurrían de todas las partes del mundo doctos, nobles y plebeyos á oír su celestial doctrina, á ver las maravillas que obraba Dios por su fiel siervo, y á ser sanos de las enfermedades que padecían los enfermos.

Pasó á Roma á ruegos de S. Gregorio Magno, tanto para satisfacer los deseos que tenia de ver á nuestro Santo, como para tratar negocios útiles á la Iglesia: fué recibido de aquel papa verdaderamente grande, y de todos los cardenales con las demostraciones de honor y reverencia que son posibles. Pasmados todos de ver á un hombre de tan eminente virtud, profunda y vasta sabiduría, no cansados de ver y admirar sus talentos y santidad, solo sintieron que llegase el tiempo de que se ausentase de la capital del orbe aquel oráculo que le seria tan útil.

Su zelo, siempre activo y siempre infatigable por conservar la fe, y establecer las mejores reglas de la disciplina eclesiástica, le hizo celebrar dos concilios, que lo fueron el segundo Hispalense, y cuarto de Toledo: al tiempo que convocó aquel, vino á Sevilla un obispo sirio de nacion, llamado Gregorio Antesignano de la herejía de los Acephalos, hombre soberbio, orgulloso, pronto en paralogismos, y agudo en las disputas, que como un rápido rio habia arrebatado á no pocos en el abismo de su error, separándolos del gremio de la Iglesia. Creyó que podria pervertir á muchos si lograba vencer á Isidoro en disputa pública: atrevióse á proponerle este medio con la condicion de que le presenciasen jueces, que pronunciasen la sentencia digna contra el vencido: conociendo el Santo la utilidad que resultaria á la Iglesia de admitir el partido, concurrieron en el dia señalado; pero al oír el hereje aquel celestial oráculo, que á manera de un torrente vertia una erudicion copiosísima y profunda, no pudiendo resistir al espíritu y sabiduría con que hablaba, sin esperar á que decidiesen los jueces, se confesó públicamente vencido, y lo que es mas reconocido y convertido á la fe católica.

En el concilio Toletano IV, uno de los mas célebres de la nacion, al que asistieron sesenta y nueve obispos, fué donde mas brilló el zelo y eminente sabiduría de este incomparable prelado: en él dió reglas de fe á todos los sacerdotes de la Iglesia de Jesucristo; instituyó leyes para los reyes y príncipes; compuso todos los oficios y grados de las órdenes; mostró á los ciudadanos los sagrados derechos, y anunció á todos los pueblos la disciplina de la religion cristiana; y mereciendo el honor de que le

encargase todo el concilio la reforma de los oficios eclesiásticos que con alguna variedad se celebraban en España, lo hizo con tanto acierto, que por él se llamaron despues Gótico Isidorianos.

Cuanta fuese su sabiduría, se puede conocer por las admirables obras que compuso, referidas por su discípulo S. Braulio, como son los dos libros de diferencias, en los que aclara con sutileza las cosas que por el uso se profieren con confusion: el de los Proemios, donde con breve anotacion distingue lo que contiene cada libro de la santa Escritura: el del nacimiento y muerte de los Padres, en el que refiere con brevedad sus hechos, muerte y sepultura: los dos libros de oficios eclesiásticos, que dirigió á su hermano Fulgencio: los dos de los Sinónomos, donde exhorta al alma, y la alienta á la esperanza de la vida eterna: el de la naturaleza de las cosas al rey Sisebuto, en el cual trató varios puntos oscuros acerca de los elementos, con doctrinas así de los doctores eclesiásticos, como de los filósofos: el de los números, donde con ciencia arismética teje los insertos en las escrituras eclesiásticas: el de los nombres del antiguo y nuevo Testamento, en el que demuestra lo que significan misteriosamente las personas que en ellos se nombran: el de herejes y herejías, donde siguiendo los vestigios de los mayores, recopila con brevedad lo dicho en aquellos: los tres libros de Sentencias, hermoeados con las flores de los morales de S. Gregorio, á cuyos ruegos compuso un compendio de estos: el Cronicon desde el principio del mundo hasta su tiempo: los dos libros contra los Judíos, á instancia de su hermana Florentina, donde probó todos los dogmas que cree la fe católica con abundantes sentencias de la Ley y los Profetas: el de generacion eterna, y temporal de Cristo, confirmada con los testimonios de Isaías: la segunda esposicion del Cántico de los cánticos: el libro de los Varones ilustres: la discreta regla que dió á los monjes, segun el uso de la patria, y con temperamento á las fuerzas de los regulares: el libro del origen de los Godos, y de los reinos de los Suevos y Vándalos: los dos libros de cuestiones: la cuarta traduccion del Salterio: las esposiciones sobre los libros de Moisés, Salmos y cuatro Evangelios: muchos tratados del derecho canónico y civil: el voluminoso código de las Etimologías de las voces, convenientísimo para toda filosofia; con otros muchos escritos que indica, pero no esplica el mismo san Braulio, quien es de dictámen que eligió á Isidoro Dios para que restaurase las ciencias de los antiguos perdidas por la injuria de los tiempos: asegurando que floreció con tanta sabiduría, que

no solo en nuestros tiempos, sino en el de los Apóstoles, y mucho antes, escepto el primer hombre, y Salomon, no hubo quien le escediese.

Ultimamente, conociendo por la debilidad de su naturaleza, que se acercaba el tiempo de pagar el tributo de los mortales, se dispuso á recibir la muerte con las preparaciones, que se dejan discurrir en un alma llena de temor de Dios. Asaltóle una fiebre maligna, y convocado el clero y pueblo, hizo que se llevase á la iglesia de S. Vicente mártir, parroquia permanente hoy en Sevilla, donde envuelto en un silicio, rociado de ceniza, por los obispos Juan de Ilipa, y Esparcio de Itálica, como otro penitente David, elevadas las manos hácia el cielo, pidió á Dios perdon de sus pecados con una oracion tan tierna y afectuosa, que conmovió á los circunstantes á derramar copiosas lágrimas; pero recreado su espíritu con una vision celestial, despues que hizo á todos una exhortacion propia de su zelo, entregó su alma en manos del Criador en el dia 4 de abril del año 636, habiendo gobernado su Iglesia cerca de cuarenta años. Apenas espiró nuestro Santo, se cubrió de luto toda la ciudad, lloraron los obispos á su jefe, los príncipes á su preceptor, los clérigos á su doctor, los monges y monjas á su rector y maestro, y los pobres, viudas y pupilos, á su padre y defensor; bien que queriendo el Señor templar la pena de aquel pueblo inconsolable, manifestó la gloria de su siervo con señales visibles, como fueron el que despidiese su cuerpo un olor suavísimo como el de los mas fragantes aromas: el que sanasen no pocos enfermos de diferentes accidentes con solo su contacto: y el manifestar á muchos su subida á los cielos entre una multitud de ángeles, que le llevaban con cánticos de júbilo y alabanzas; saliéndole á recibir Jesucristo entre una comitiva innumerable de espíritus celestiales.

Su venerable cadáver fué sepultado en la iglesia de Sta. Justa y Rufina, junto á los de sus hermanos Leandro y Florentina, donde se mantuvo en suma veneracion hasta el año 1063, que fué trasladado á la ciudad de Leon en tiempo de D. Fernando I de Leon, quien salió á recibirle al rio Duero con sus hijos Sancho, Alfonso, García, Elvira y Urraca; y conduciéndole á pié descalzo, al entrar en la ciudad sobre sus reales hombros, como otro David el arca del Testamento, acompañado de muchos obispos, abades, clérigos y monges con cánticos de himnos y salmos, se depositó en la iglesia de S. Juan, donde el Señor se ha dignado obrar por su intercesion innumerables prodigios; memorables entre otros á favor de los reyes de España, los impor-

tantes avisos y proteccion que dispensó á Alfonso VI en la conquista de Toledo, á Alfonso VII en la de Burgos, á Alfonso IX en la de Mérida, y á S. Fernando en la importantísima de Sevilla.

SAN PLATON, ABAD.

FUÉ S. Platon hijo de Sergio y de Eufemia, cuya virtud era igual á la calidad, y ambos eran venerados en Constantinopla por modelos de la vida cristiana entre la nobleza. Nació por los años de 734. Era la virtud como hereditaria en aquella dichosa familia. Tuvo Platon dos hermanas, las cuales se distinguieron en el mundo, mas que por su ilustre nacimiento y por sus singulares prendas, por su vida ejemplar. Por lo que toca al mismo Platon, se puede decir con verdad que mamó la devocion con la leche, sin que jamás hubiese aflojado en sus virtuosas inclinaciones, ni manchado el candor de su inocencia.

Irritada la ira de Dios con las profanaciones y sacrilegios del impio emperador Constantino Copronimo, enemigo declarado de Jesucristo y de sus santos, afligia al imperio con un terrible azote que le desolaba. Era una especie de peste inaudita y misteriosa: aparecia de repente sobre los vestidos una cruz de color azul, formada con perfeccion, y al mismo punto la persona en quien se dejaba ver esta señal, se sentia tocada del contagio, y espiraba sin remedio pocas horas despues. El rigor de este azote se esperimentó en Constantinopla mas que en otra alguna parte del imperio; perecieron mas de los dos tercios de aquella populosísima ciudad con muerte repentina, tocó esta suerte al padre y á la madre de nuestro Santo.

Quedó Platon muy niño, encomendado á la tutela de un tio suyo que atendió con particular desvelo á su cristiana educacion. Aprovechóse bien de ella. No habia en Constantinopla jóven de su edad de ingenio mas pronto, mas penetrante ni mas desembarazado; de mejor corazon, de mas blando natural, ni de modales mas nobles y mas cortesanos. Sobresalia principalmente su habilidad en el manejo de los negocios; y hallándose á la sazón su tio, y curador, en el empleo de tesorero general del imperio, le dedicó á una mesa de su misma oficina, donde en poco tiempo dió tan grandes pruebas de su exacta hombría de bien y de sus raros talentos, que apenas se hablaba en la corte de otra cosa.

Como juntaba una singular circunspeccion y gravedad de costumbres á aquella gran madurez de juicio y solidez de entendi-



S. PLATON ABAD.